

# 1

## Enamorado de Cristo

*«No se puede excluir a Cristo de la historia del hombre en ninguna parte de la tierra. La exclusión de Cristo de la historia del hombre es un acto contra el hombre. Sin él es imposible entender la historia de los hombres que han pasado y que pasarán por esta tierra. La historia de las naciones es sobre todo la historia de sus hombres y la historia de cada hombre cobra su sentido a la luz de Cristo. En él se convierte en historia de salvación».* (Discurso de J.P. II en su primer viaje a Polonia)

### Contemplar el rostro de Cristo

«Contemplar el rostro de Cristo, y contemplarlo con María, es el “programa” que he indicado a la Iglesia en el alba del tercer milenio, invitándola a remar mar adentro en las aguas de la historia con el entusiasmo de la nueva evangelización».

*El pontificado de Juan Pablo II ha sido tan polifacético, tan rico en matices, ha abarcado tantos aspectos y dimensiones, ha desplegado tal variedad y cantidad de campos de acción, que siempre ha sido difícil resumir tan enorme labor en una frase, en unas pocas palabras, en un calificativo añadido a su nombre que expresara la esencia de su mensaje: peregrino, misionero, apóstol, profeta...*

*Pero la clave para resolver este problema la dio la Madre Teresa de Calcuta una vez que hablaba de él: «Siempre sostenido por una fe honda, alimentado por la oración incesante, audaz por su incommovible esperanza, profundamente enamorado de Dios».*

*Si: Juan Pablo II era, por encima de todo, un hombre enamorado de Dios, enamorado de Cristo. En esta misma idea concuerda el cardenal Julián Herranz, un estrecho colaborador de él.*

«Si por llevar 26 años trabajando junto a Juan Pablo II alguien me pidiese resumir toda su vida en una sola palabra, no dudaría en señalar esta palabra: “enamorado”. Bien sé que sobre la riqueza y el impacto mundial de la vida y ministerio de Juan Pablo II se escribirán bibliotecas enteras. Pero la clave de la interpretación de todos sus dichos, escritos y hechos —de toda su vida— es, a mi modo de ver, una sola: su apasionado amor a Cristo. (Cardenal Julián Herranz, ABC, 4/4/2005)

*Mons. Magee, que fue su primer ceremoniero y después, como obispo, buen amigo suyo, decía de él:*

«Era un verdadero hombre de fe. Desde el primer momento que le traté me impresionó la profundidad de su fe. Era siempre consciente de la protección de Dios, de la presencia de Dios, y no tenía miedo a nada... Se le notaba que estaba siempre en presencia de Dios, la oración le venía espontáneamente a la boca. Su amor al Salvador

era evidente. Por ejemplo, desde el principio del pontificado yo personalmente lo encontraba con frecuencia postrado por tierra ante el Tabernáculo o en su despacho, y lo mismo todas las noches durante sus viajes apostólicos.

El Siervo de Dios manifestó un profundo amor por el Señor. Toda su vida estaba impregnada, por decirlo así, por esta actitud suya hacia Cristo, era su amor por excelencia. Su modo de orar, su modo de hablar, su modo de vivir cada momento manifestaban su amor profundo y habitual a Jesús». (*Summarium Super Virtutibus, II. p. 264-266*)

*El Nuncio Apostólico Emérito de Checoslovaquia y República Checa, Cardenal Giovanni Coppa, recuerda un episodio que le sorprendió del papa Juan Pablo II en su viaje a la República Checa en 1995.*

«La primera noche de aquel viaje, luego de volver de la cena con los obispos, bajó a la capilla ante el Santísimo. Las hermanas habían preparado para él un gran reclinatorio, pero prefirió rezar en uno de los bancos habituales. Yo le acompañaba, esperándolo fuera de la capilla.

La segunda noche tuve que responder a una llamada urgente y no pude acompañarle a la capilla. Llegué luego, cuando ya estaba arrodillado. Antes de entrar escuché como una música distinta y, cuando abrí silenciosamente la puerta, escuché cómo, arrodillado en el banco, cantaba amorosamente ante el tabernáculo.

El Papa cantaba en voz baja ante Jesús Eucaristía: el Papa y Cristo en la Hostia, Pedro y Cristo. Nunca he olvidado ese delicado canto, que era como un coloquio de amor con Cristo (...), porque manifiesta que debemos tener una relación siempre viva, íntima y profunda con Jesús, que vive en la Eucaristía.

Ese canto nos demuestra, de modo superlativo, que Juan Pablo II ha sido verdaderamente un enamorado de Cristo».

«Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. *Jn 13, 25*), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el «arte de la oración», ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!»

## **Camino, verdad y vida**

«La luz del rostro de Dios resplandece con toda su belleza en el rostro de Jesucristo, “imagen de Dios invisible” (*Col 1, 15*), “resplandor de su gloria” (*Hb 1, 3*), “lleno de gracia y de verdad” (*Jn 1, 14*): él es “el camino, la verdad y la vida” (*Jn 14, 6*). Por esto, la respuesta decisiva a cada interrogante del hombre, en particular a sus interrogantes religiosos y morales, la da Jesucristo». (*Veritatis splendoris, Introducción, 2*)

*Quizá la principal lacra que ha producido en las sociedades contemporáneas el materialismo consumista ha sido la pérdida del sentido de la vida, que a la luz de la ideología hedonista aparece como un mero proceso biológico sometido al vacío que origina un mundo sin Dios, al absurdo del sufrimiento, a la náusea de la infelicidad, aunque abundemos en bienes materiales.*

*Tentado por los «ídolos» del hedonismo egoísta, potenciados con los recursos agresivos de los poderosos medios de comunicación, el ser humano de hoy se deja embaucar con mentiras que le prometen una libertad ilusoria, con ideologías relativistas y malsanas que ofrecen una falsa felicidad.*

«Debido al misterioso pecado del principio, cometido por instigación de Satanás, que es “mentiroso y padre de la mentira” (Jn 8, 44), el hombre es tentado continuamente a apartar su mirada del Dios vivo y verdadero y dirigirla a los ídolos (cf. 1 Ts 1, 9), cambiando “la verdad de Dios por la mentira” (Rm 1, 25); de esta manera, su capacidad para conocer la verdad queda ofuscada y debilitada su voluntad para someterse a ella. Y así, abandonándose al relativismo y al escepticismo (cf. Jn 18, 38), busca una libertad ilusoria fuera de la verdad misma».

*Pero a pesar de esas tinieblas que se abaten sobre su alma, el hombre siente dentro de sí una llamada hacia el infinito, un hambre de trascendencia, un «instinto de Dios» que no se puede saciar con ningún becerro de oro, ni con ninguna torre de Babel.*

*Esta convicción la acrisoló Juan Pablo II durante su magisterio sacerdotal en la Polonia comunista, que le dio ocasión de conocer por propia experiencia las inquietudes religiosas de los llamados «ateos», que ningún sistema, ninguna política y ninguna ideología podían sofocar.*

«Pero las tinieblas del error o del pecado no pueden eliminar totalmente en el hombre la luz de Dios creador. Por esto, siempre permanece en lo más profundo de su corazón la nostalgia de la verdad absoluta y la sed de alcanzar la plenitud de su conocimiento. Lo prueba de modo elocuente la incansable búsqueda del hombre en todo campo o sector. Lo prueba aún más su búsqueda del sentido de la vida. El desarrollo de la ciencia y la técnica —testimonio espléndido de las capacidades de la inteligencia y de la tenacidad de los hombres—, no exime a la humanidad de plantearse los interrogantes religiosos fundamentales, sino que más bien la estimula a afrontar las luchas más dolorosas y decisivas, como son las del corazón y de la conciencia moral» (*Veritatis splendor*)

*Esta era una de las razones que impulsaban la esperanza de Juan Pablo II, y que le animaron en su inmensa labor evangelizadora, que tenía como fin sembrar la semilla de la fe en ese terreno fértil de la búsqueda de Dios que todo ser humano tiene, como si fuera un instinto más de su naturaleza, ya que esa búsqueda forma parte constitutiva del ser humano y, aunque los poderes de las tinieblas intenten sofocarla, más tarde o más temprano es inevitable que el hombre vuelva su mirada hacia su interior para encontrarse allí con la presencia divina.*

«La persona humana tiene una necesidad que es aún más profunda, un hambre que es mayor que aquella que el pan puede saciar: es el hambre que posee el corazón humano de la inmensidad de Dios».

«El hombre es un ser que busca a Dios. Y, hasta después de haberlo encontrado, sigue buscándolo».

«Nosotros existimos y pasamos, sólo Dios no pasa. Postraos también vosotros y convertíos. Esta tierra en la que vivimos es el reino de Dios. En vano se trata de sustituirle. No hay nada que consiga colmar el vacío dejado por Él, ni la abundancia material, ni la vida fácil y permisiva, ni la búsqueda del éxito y del poder, ni la potencia técnica» (*de un discurso de viaje a Montreal*).

«Hoy nos encontramos frente a las ruinas de una de las tantas torres de Babel de la historia humana... el objetivo de construir un mundo sin Dios se ha demostrado utópico». (*Discurso en la Checoslovaquia liberada del comunismo*)

*El Papa Pablo VI encomendó en la Cuaresma de 1976 al entonces cardenal Karol la predicación de los ejercicios espirituales para él y para la curia romana. En su transcurso, Karol relató la siguiente experiencia:*

«Nunca olvidaré la impresión que me causó un soldado ruso en 1945. Acababa de terminar la guerra. A la puerta del seminario de Cracovia golpeó un militar. A mi pregunta sobre qué deseaba, respondió que quería entrar al seminario. Esta conversación se prolongó, y aunque no ingresó al seminario (tenía ideas bastante confusas respecto a la realidad del seminario mismo), personalmente aprendí del encuentro una gran verdad: cómo Dios logra, de manera admirable, penetrar en la mente humana, aún en las condiciones extremadamente desfavorables de su negación sistemática. Mi interlocutor, en su vida adulta, casi nunca había entrado a una iglesia. En la escuela, y luego en el trabajo, había oído siempre afirmar: “¡Dios no existe!”, y a pesar de todo eso repetía: “Pero yo sabía que Dios existe... y ahora deseo aprender algo sobre Él...”

En el ánimo de este joven yacía el anhelo de tantos jóvenes, un anhelo confuso, un anhelo contrarrestado... pero irreprimible: ¡no se puede vivir sin Dios!»

El 18 enero 1945, el ejército soviético entró en Cracovia. Tres soldados, ateridos de frío y de hambre, se refugiaron en la catedral de Wawel, pidiendo refugio. Como allí nadie sabía ruso, hicieron llamar a Karol, que había comenzado a estudiarlo.

Conversando con ellos, uno de los soldados le confesó que aunque en Rusia decían que Dios no existía, su madre era una ferviente creyente. Al final de la charla, expuso a Karol sus inquietudes:

«La historia de Dios siempre me hace pensar. Querría saber más (...) Cuando tenga tiempo me gustaría hablar con un pope. O quizá baste con escuchar a mi madre...»

Cuando se marcharon, Karol dijo para sus adentros: «¡Estos ateos!: tienen más hambre de Dios que todos nosotros juntos».

*En su opinión, es inevitable que el materialismo consumista lleve al hombre a experimentar la «náusea» vital, el vacío de una existencia sin sentido, el absurdo de*

*una vida que, privada de un horizonte escatológico, se convierte en una carga angustiada productora de infelicidad, pues el ser humano está hecho a imagen y semejanza de Dios, y nadie sino Él puede llevarle a su plena realización.*

*Ante este desolador vacío, la voz de Juan Pablo II se alzaba nítida y poderosa: Cristo tiene la respuesta a nuestros interrogantes, porque Él es el camino, la verdad, y la vida.*

«El hombre tiene extrema necesidad de saber si merece la pena nacer, vivir, luchar, sufrir, morir; si tiene valor comprometerse por algún ideal que sea superior a los intereses materiales y contingentes, si, en una palabra, hay un por qué que justifique su existencia. Ésta es la cuestión esencial: dar un sentido al hombre, a sus opciones, a su vida, a su historia.

Jesús tiene la respuesta a estos interrogantes; Él puede resolver la cuestión del sentido de la vida y de la historia del hombre. Jesús no elimina la preocupación normal y la búsqueda del alimento cotidiano y de todo lo que puede hacer que la vida humana progrese más y sea más satisfactoria. Pero... ¡la vida pasa indefectiblemente! Y Jesús hace presente que el verdadero significado de nuestro existir terreno está en la eternidad, y que toda la historia humana, con sus dramas y sus alegrías, debe ser contemplada en perspectiva eterna. ¡El hombre tiene necesidad de trascendencia! ¡El hombre tiene necesidad de la presencia de Dios en su historia cotidiana! ¡Sólo así puede encontrar el sentido de la vida! Pues bien, Jesús continúa diciendo a todos: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”». (1 Jn 14, 6)

## **Cristo vive entre nosotros**

*El tiempo que dedicamos a las cosas —como decía el Principito al zorro— es lo que demuestra el amor que las profesamos. Ajetreados en numerosas ocupaciones, agobiados por trabajos, rodeados de bienes inútiles, bombardeados por las fútiles necesidades creadas por los medios de comunicación, el ser humano se aliena, y pierde de vista su dimensión eterna. Probablemente la increencia no sea el verdadero problema que está causando la descristianización de nuestras sociedades, sino la tibieza... no el creer que Dios no existe, sino el vivir como si no existiera.*

«Está escrito: Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas (...) (cfr. Deut 6, 5-9). Aquel “todo”, repetido y llevado a la práctica con tanta insistencia, es en verdad la bandera del maximalismo cristiano. Y es justo: Dios es demasiado grande, merece demasiado de nosotros para que podamos echarle, como a un pobre Lázaro, apenas unas pocas migajas de nuestro tiempo y de nuestro corazón. Él es un bien infinito y será nuestra felicidad eterna: el dinero, los placeres, las fortunas de este mundo, en comparación, son apenas fragmentos de bien y momentos fugaces de felicidad. No sería sabio dar tanto de nosotros a estas cosas y poco de nosotros a Jesús».

«Volved a encontrar el camino que lleva a Dios. No a un Dios cualquiera, sino al Dios que se ha manifestado Padre en el rostro amabilísimo de Jesús de Nazaret. Recordad ciertamente el abrazo tierno y afectuoso del Padre cuando vuelve a encontrar

al hijo pródigo. Dios ama el primero. Si os dejáis encontrar por Él, vuestro corazón hallará la paz. Será fácil responder a su amor con amor. Para entender, basta pensar en Jesús sobre la cruz y en el ladrón crucificado con Él, a su lado. Jesús le aseguró: «Hoy estarás conmigo en el paraíso.»

*El Papa deseaba que cada cristiano llegara a sentir a Jesús junto a él, como cuando recorría los caminos de Palestina. En un discurso a los jóvenes dijo: «El cristianismo no es una opinión y no consiste en palabras vanas. ¡El cristianismo es Cristo! ¡Es una Persona, es el Viviente! Encontrar a Jesús, amarlo y hacerlo amar: he aquí la vocación cristiana».*

*Por eso animaba a los creyentes a practicar una «mirada contemplativa» sobre la realidad, para contactar con la presencia de Cristo en todos los hechos y experiencias, por más insignificantes que sean, de nuestra vida cotidiana. Porque Cristo vive entre nosotros, y nos acompaña en todos los caminos de nuestra vida.*

«La Iglesia desea servir a este único fin: que todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida. En el trasfondo de procesos siempre crecientes en la historia (...) Jesucristo se hace en cierto modo nuevamente presente, a pesar de todas sus aparentes ausencias, a pesar de todas las limitaciones de la presencia o de la actividad institucional de la Iglesia. Jesucristo se hace presente con la potencia de la verdad y del amor, que se han manifestado en Él como plenitud única e irrepetible, por más que su vida en la tierra fuese breve y más breve aún su actividad pública». (*Redemptor Hominis, 14*)

«Jesús vive entre los que le invocan sin haberlo conocido; entre los que, habiendo empezado a conocerlo, sin su culpa, lo han guardaperdido; entre los que lo buscan con corazón sincero, aún perteneciendo a situaciones culturales y religiosas diferentes.

Jesús vive concretamente en vuestras parroquias, en las comunidades en las que vivís, en las asociaciones y en los movimientos eclesiales a los que pertenecéis.

Jesús vive junto a nosotros, en los hermanos y hermanas con los que compartimos la existencia cotidiana.

Vestirse de Cristo supone ponerle en el centro de la vida personal y comunitaria, en el centro de las actividades diarias y de toda otra forma de apostolado.

El compromiso social de los cristianos laicos se puede nutrir y ser coherente, tenaz y valeroso sólo desde una profunda espiritualidad, esto es, desde una vida de íntima unión con Jesús».

## **«¡Abrid las puertas al Redentor!»**

*En la homilía del comienzo de su pontificado, el 22 de octubre de 1978, el nuevo papa proclamó las dos consignas que guiarían su labor como Papa: «¡Abrid las puertas a Cristo!», y «¡No tengáis miedo!»*

«El nuevo sucesor de Pedro en la sede de Roma eleva hoy una oración fervorosa, humilde y confiada: ¡Oh Cristo! ¡Haz que yo me convierta en servidor, y lo sea, de tu única potestad! ¡Servidor de tu dulce potestad! ¡Servidor de tu potestad que no conoce ocaso! ¡Haz que yo sea un siervo! Más aún, siervo de tus siervos.

¡Hermanos y hermanas! ¡No tengáis miedo de acoger a Cristo y de aceptar su potestad!

¡Ayudad al Papa y a todos los que quieren servir a Cristo y, con la potestad de Cristo, servir al hombre y a la humanidad entera!

¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!

Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo Él lo conoce!

Con frecuencia el hombre actual no sabe lo que lleva dentro, en lo profundo de su ánimo, de su corazón. Muchas veces se siente inseguro sobre el sentido de su vida en este mundo. Se siente invadido por la duda que se transforma en desesperación. Permitid, pues, —os lo ruego, os lo imploro con humildad y con confianza— permitid que Cristo hable al hombre. ¡Sólo Él tiene palabras de vida! ¡Sí, de vida eterna!»

*«Redemptor hominis», que salió a la luz el 15 marzo 1979, expresaba este mensaje esencial: «La única orientación del espíritu, la única dirección de la inteligencia, de la voluntad y del corazón que existe para nosotros es ésta: Cristo redentor del hombre, redentor del mundo»*

Jesucristo, Hijo de Dios vivo, se ha convertido en nuestra reconciliación ante el Padre. La Cruz sobre el Calvario, por medio de la cual Jesucristo “deja” este mundo, es al mismo tiempo una nueva manifestación de la eterna paternidad de Dios, el cual se acerca de nuevo en Él a la humanidad, a todo hombre, dándole el tres veces santo “Espíritu de verdad”.

Jesucristo es el camino principal de la Iglesia. Él mismo es nuestro camino “hacia la casa del Padre” y es también el camino hacia cada hombre. (*Redemptor Hominis 13*)

*«¡Abrid las puertas al Redentor!» son las primeras palabras de la bula del Papa Juan Pablo II que convocaba al jubileo el 6 enero de 1983, en el 1950 aniversario de la redención. En ella nos asegura que, desde el primer momento de su elección a la cátedra de San Pedro, su pensamiento y su sentimiento se orientaron «a Cristo Redentor, a su misterio pascual, vértice de la revelación divina y actuación suprema de la misericordia de Dios para con los hombres de todos los tiempos».*

*En esa Bula repetía una vez más su mensaje de “¡No tengáis miedo!”, pero aplicado a la figura de Cristo, a quien hay que abrir las puertas para que realice en nosotros su obra salvadora.*

«No tengan miedo de Cristo, confíen en él hasta el fondo, sólo Él “tiene palabras de vida eterna”. ¡Cristo no defrauda jamás!

Conversen con Jesús en la oración y escuchan su palabra; busquen la alegría de la reconciliación en sacramento de la penitencia; reciban el cuerpo y la sangre de Cristo en la eucaristía; acójalo y sírvanlo en los hermanos.

Invocuen a Jesús para que, en los caminos de los tantos Emaús de nuestro tiempo, siempre permanezca con ustedes. Que él sea su fuerza, su punto de referencia, su perenne esperanza. Allí, entre los hombres, están la casa de Cristo, quien les pide que, en su nombre, sequen toda lágrima y les recuerden a los que se sienten solos que nadie está solo si pone su esperanza en Él».

*Lejos de sentir miedo ante las exigencias de su programa de vida, es preciso abrirle nuestros corazones para experimentar en nuestras vidas su mirada amorosa.*

«¡Deseo que experimentéis la verdad de que Cristo os mira con amor!

Él mira con amor a todo hombre. El Evangelio lo confirma a cada paso. Se puede también decir que en esta “mirada amorosa” de Cristo está contenida casi como en resumen y síntesis toda la Buena Nueva.

Sabemos que Cristo confirmará y sellará esta mirada con el sacrificio redentor de la Cruz, puesto que precisamente por medio de este sacrificio aquella mirada ha alcanzado una particular profundidad de amor. En ella está contenida una tal afirmación del hombre y de la humanidad de la que sólo Cristo, Redentor y Esposo, es capaz. Solamente Él conoce lo que hay en el hombre: (cf Jn 2,25) conoce su debilidad, pero conoce también y sobre todo su dignidad.

Al hombre le es necesaria esta mirada amorosa; le es necesario saberse amado, saberse amado eternamente y haber sido elegido desde la eternidad. (cf. Ef 1,4). Al mismo tiempo, este amor eterno de elección divina acompaña al hombre durante su vida como la mirada de amor de Cristo. Y acaso con mayor fuerza en el momento de la prueba, de la humillación, de la persecución, de la derrota (...) Entonces esta mirada de Cristo, esto es, la conciencia del amor que en Él se ha mostrado más fuerte que todo mal y que toda destrucción, dicha conciencia nos permite sobrevivir».

## ***Imitatio Dei***

*No hay que tener miedo de Cristo porque Él es amor, que se manifiesta como ternura y misericordia. Es un amor incondicional, gratuito, que no depende nunca de nuestros méritos, que se derrama palpitante sobre nosotros a pesar de nuestras debilidades, que siempre espera, en el que está nuestra verdadera plenitud como seres humanos.*

«¿Qué otra cosa podía decirnos mejor que ésta?: ¡Aprended a conocer a Cristo y dejaos conocer por Él!

Entre Dios y nosotros existe una relación que no es fría, como la existente entre un emperador y su súbdito, sino palpitante, como la que se desarrolla entre dos amigos, entre dos esposos, entre padre e hijo.



Sí, queridos amigos, ¡Cristo nos ama y nos ama siempre! Nos ama incluso cuando lo decepcionamos, cuando no correspondemos a lo que espera de nosotros. Él no nos cierra nunca los brazos de su misericordia. ¿Cómo no estar agradecidos a este Dios que nos ha redimido llegando incluso a la locura de la Cruz? ¿A este Dios que se ha puesto de nuestra parte y está ahí hasta al final?

Jesús es el amigo que nunca os abandona; Jesús os conoce uno por uno, personalmente; sabe vuestro nombre, os sigue, os acompaña, camina con vosotros cada día; participa de vuestras alegrías y os consuela en los momentos de dolor y de tristeza. Jesús es el amigo del que ya no se puede prescindir cuando se le ha encontrado y se ha comprendido que nos ama y quiere nuestro amor.

Con Él podéis hablar, hacerle confidencias; podéis dirigirlos a Él con afecto y confianza. Jesús murió incluso en una cruz por nuestro amor! ¡Haced un pacto de amistad con Jesús y no lo rompáis jamás!

Poned vuestra vida en manos de Jesús. Él os aceptará, os bendecirá, y hará un uso tal de vuestra existencia que superará vuestras mayores expectativas. En otras palabras: al igual que los panes y los peces, abandonaos en las poderosas y alentadoras manos de Dios, y os sentiréis transformados en plenitud de vida. “Descarga tu peso sobre el Señor, y él te sostendrá”.

Cristo os espera; a Él podéis abrir el corazón y asiros a Él con oración sincera y fe indestructible. En esos momentos largos y terribles, Él es vuestra esperanza, es todo, es la solución de vuestras dudas».

*Amar a Cristo es seguirle. En sus discursos pastorales utilizaba frecuentemente la invitación evangélica de Jesús a seguirle para llamar a un mayor compromiso con Él.*

*Juan Pablo II sintetizaba así el principal sentido del mensaje de las Jornadas Mundiales de la Juventud: «Vosotros, jóvenes, debéis saber que significa la palabra de Jesús: sígueme».*

*Este seguimiento supone una aceptación plena y sincera del mensaje evangélico, sin componendas, sin “descafeinarlo” para adaptarlo a nuestros intereses personales, a nuestros deseos egoístas, a nuestra ideología más o menos utilitaria, al «espíritu de los tiempos», para intentar «modernizarlo», limando sus asperezas, eliminando lo que no nos conviene.*

«Cuántos hay que reducen el Evangelio a su medida y se hacen un Jesús más cómodo, negando su divinidad trascendente, o diluyendo su real, histórica humanidad, e incluso manipulando la integridad de su mensaje, especialmente si no se tiene en cuenta ni el sacrificio de la cruz, que domina su vida y su doctrina, ni la Iglesia que Él instituyó como su “sacramento” en la historia.

Jesús llama a seguirle personalmente. Podemos decir que esta llamada está en el centro mismo del Evangelio. No cabe duda que las formas concretas de seguir a Cristo están graduadas por Él mismo, según las condiciones, las posibilidades, las misiones, los carismas de las personas y de los grupos. Jesús, al establecer la exigencia de la respuesta a la vocación a seguirlo, no esconde a nadie que su seguimiento requiere sacrificio, a veces incluso el sacrificio supremo. En efecto, dice a sus discípulos: “El

que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. (Mt 16,24-25).

*Toda su actividad pastoral como sumo Pontífice estuvo encaminada a un objetivo claro: ganar el mundo para Cristo, presentándole como el Salvador y el Redentor. Sólo Cristo puede cambiar las estructuras de pecado que someten al sufrimiento y a la injusticia a una gran parte de la humanidad, pues sólo él puede quitar nuestro corazón de piedra y poner en su lugar un corazón de carne que se apiade compasivamente del dolor ajeno, destruyendo así el egoísmo es la causa de todas las lacras que azotan hoy la humanidad.*

*Este es el mensaje que llevaba en todos y cada uno de sus numerosos viajes.*

Durante su viaje al Reino Unido, momentos antes de finalizar su viaje y emprender el regreso a Roma, el 2 de junio, dicta solemnemente una lápida en recuerdo de su viaje: «Mientras dure el recuerdo de esta visita, se anote que yo, Juan Pablo II, vine a Gran Bretaña para llamarlos a Cristo».

*En su discurso ante la Asamblea de las Naciones Unidas del 5 de octubre de 1995, Juan Pablo II hizo un emocionante llamamiento a crear «la civilización del amor», basada en la esperanza y la confianza, actitudes capaces de superar el miedo al futuro de la humanidad. El fundamento y la raíz de esa «civilización del amor» es la creencia en Cristo:*

«Como cristiano, mi esperanza y mi confianza se centran en Jesucristo (...) Nosotros los cristianos creemos que en su muerte y resurrección se revela plenamente el amor de Dios y su cuidado por toda la creación. Jesucristo es, para nosotros, Dios hecho hombre, que forma parte de la historia de la humanidad. Precisamente por esta razón, la esperanza cristiana en el mundo y su futuro se extiende a toda persona humana. Debido a la humanidad radiante de Cristo, no hay nada verdaderamente humano que no toque los corazones de los cristianos. La fe en Cristo no nos impulsa a la intolerancia. Por el contrario, nos obliga a involucrar a otros en un diálogo respetuoso. El amor de Cristo no nos distrae de interés por los demás, sino que más bien nos invita a la responsabilidad de ellos, sin exclusión de nadie y, de hecho, en todo caso, con una preocupación especial por los más débiles y los que sufren.

Por lo tanto, cuando nos acercamos al bimilenario del nacimiento de Cristo, la Iglesia sólo pide poder proponer respetuosamente este mensaje de salvación, para ser capaces de fomentar, en la caridad y el servicio, la solidaridad de toda la familia humana».